



La palabra mágica de François Tidét

Primera edición, junio de 2021

© Texto: Fernando Llor, 2021

© Ilustraciones: Manuel Gutiérrez, 2021

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

Depósito legal: MA 618-2021

ISBN: 978-84-123296-9-8

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com



La palabra mágica de François Tidét

Fernando Llor
Manuel Gutiérrez



Como cada viernes por la noche, el teatro Dusthinè estaba repleto. Entre el público se encontraban los hombres y mujeres más respetados de toda París y algunos que no lo eran tanto pero que tenían el dinero suficiente para parecerlo. Allí estaban los mejores vestidos de sedas traídas de mundos lejanos, los sombreros de copa más altos de todos los tiempos y zapatos hechos en piel de animales tan difíciles de capturar que se antojaba un enorme capricho utilizar su cuero para unos simples zapatos.

La directora del teatro, Madame Revoire, nieta del propio Dusthinè, estaba viviendo el mejor momento de su negocio. Los grandes éxitos en las cuatro últimas temporadas le habían permitido remodelar el patio de butacas, que había recubierto con una llamativa moqueta púrpura y coronado con una auténtica araña de cristal checoslovaco.

Si se juntaban todas las galanterías, los caprichos, los detalles lujosos y las palabras rimbombantes, se podría asegurar, sin temor a equivocarse, que aquella noche aquel teatro de París competía en opulencia y pomposidad con una gran corte europea.



Y todo ello se debía a que iba a actuar François Tidét, el gran mago, ilusionista y prestidigitador. Su fama era tan grande que, además de abarrotar el teatro más importante de París, era conocido en la India, donde había asombrado a su público ocultando un elefante tras una caña de bambú tan fina que se perdería en una colección de fideos. En la China, lugar en el que había levantado sospechas al hacer desaparecer un tramo de la Gran Muralla para devolverla intacta diez minutos más tarde, aunque con las piedras cambiadas de sitio. E incluso en el Brasil, donde convenció a trece lindas mujeres para que accediesen a ser cortadas por la mitad. Al volver a unirlas todas ellas decían sentirse más ligeras.

Sin duda, François estaba alcanzando el gran reconocimiento que se merecía, y en esa misma velada, frente a todos los mandamases de la República, tenía la oportunidad de consagrarse en su casa, en París, y recién comenzado el siglo XX, al que él ya llamaba el Siglo de la Magia.

Antes de su actuación, François siempre se preparaba durante un par de horas entre bambalinas. Allí cepillaba y dejaba lustroso a Jim, un enorme conejo blanco al que había rescatado al borde de una cazuela en un pueblecito español y con el que representaba uno de sus mejores números al hacerlo levitar manteniéndolo en el aire durante un par de minutos sin sujeciones ni alambres.

También preparaba a Pam, una paloma de cuello gris y cuerpo pintado que ya tenía una edad muy avanzada e incluso era veterana de las guerras prusianas. Siempre había sido una excelente paloma mensajera, pero con

la ayuda de la magia había conseguido una de las hazañas más sorprendentes y extravagantes. Era la única paloma que no entregaba los mensajes. Pam los memorizaba y los recitaba de viva voz.

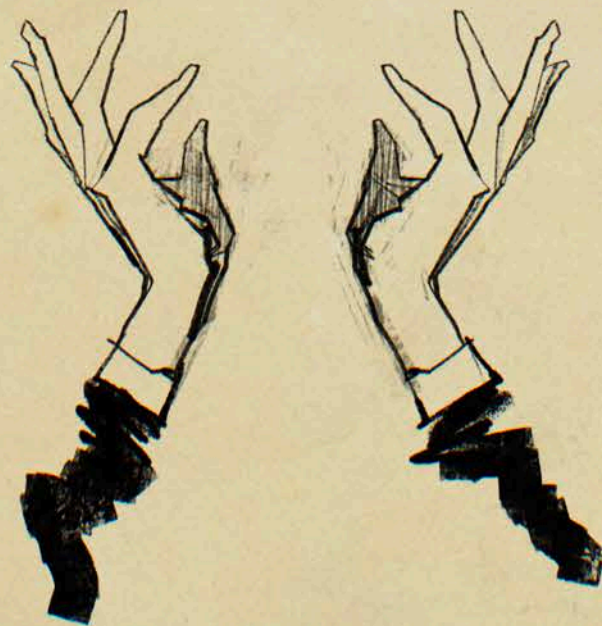
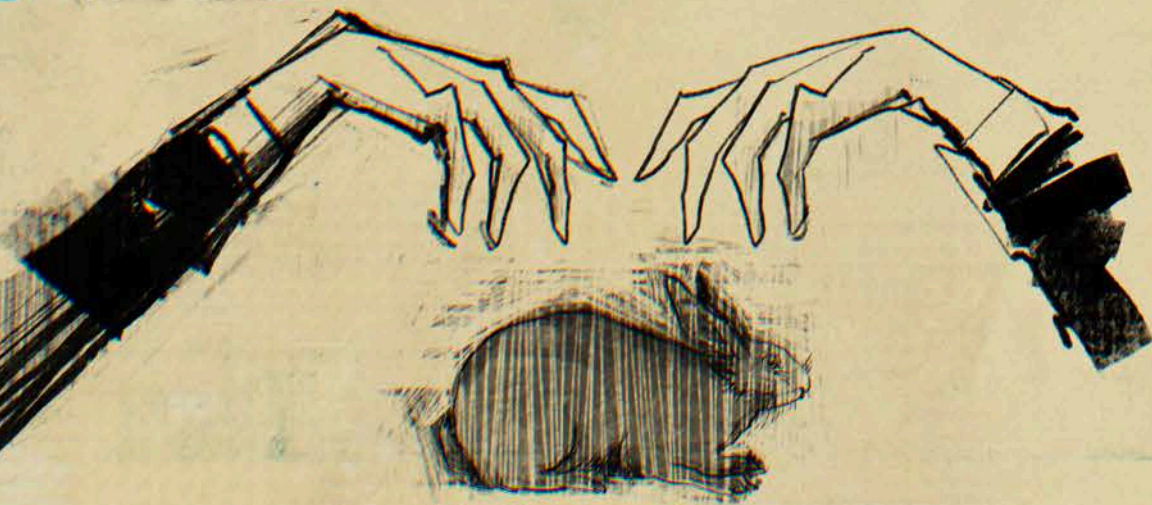
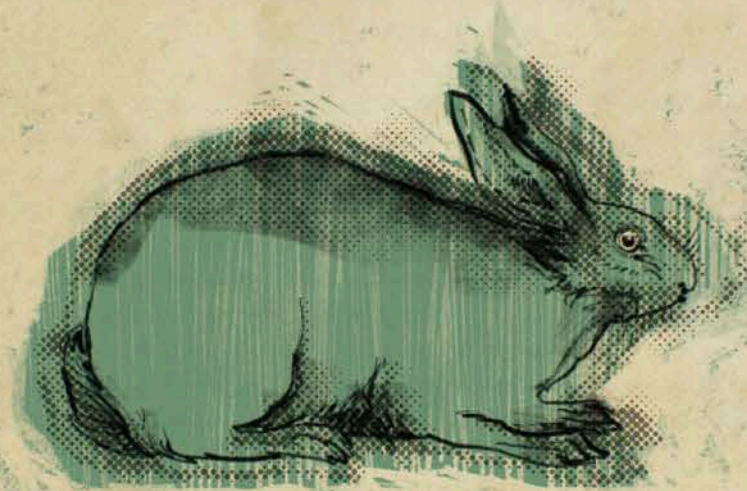
Los dos compañeros animales y la bella Natalie, que distribuía sus funciones entre ayudar con algunas cosas y ser troceada en una parte del espectáculo, formaban el elenco completo del que se acompañaba François. A todos los quería y los respetaba por igual, y aquella noche, antes de salir, les pidió que formasen un círculo con él y los puso en situación:

—Esta es la actuación más importante de nuestras vidas —dijo en tono muy severo—. Si convencemos a este público podremos con cualquier cosa. ¿Comprendéis?

François buscó la mirada de cada uno de sus compañeros en espera de su afirmación. Jim se rascó un poco las orejas, olfateó rápidamente el aire y asintió. Pam pestañeó muy rápido seis o siete veces y emitió un gorgorito, y Natalie sonrió tan ampliamente que se le podían contar todas las piezas dentales. Estaban listos, el show podía empezar.

—¡Oooooohhhh!, ¡Aaaaahhhh! —exclamaba el público como muestra de sorpresa con cada número—. ¡Bravo, bravo!

Los aplausos acompañaron desde el primer momento en que François realizó sus primeros trucos. A un par de metros de distancia y con la ayuda de un pañuelo egipcio tiñó el pelo de Natalie, cobrizo por naturaleza, de un tono negro intenso cercano al azabache.



Utilizando una arena especial, extrajo del interior de su sombrero de copa, tras mostrar previamente que no había nada dentro, un manojó de las mejores zanahorias de la Toscana que lanzó al aire de inmediato para que Jim las devorase antes de tocar el suelo.

De nuevo los «¡Oooohhhh!» y los «¡Aaaahhhh!» y los aplausos y los vítores. Todo estaba saliendo perfecto, y ya sólo quedaban los dos últimos trucos. El colofón sería ver a Pam entregando un mensaje al oído del presidente de la república, a quien le recitaría las dos primeras estrofas del himno nacional, pidiéndole además que lo entonase con ella.

Pero el desastre sobrevino antes. Durante la penúltima parte de la función. François ordenó a Natalie que apagase todas las luces del teatro y el Dusthinè se quedó a oscuras. Acto seguido prendió una vela en medio del escenario y colocó a su lado una vitrina transparente llena de cuchillas, cristales rotos y otros materiales punzantes y dolorosos. Muy solemne, el mago se acercó al borde de las tablas y sacó a Jim de su chistera agarrándolo por las orejas hasta que lo colocó en posición horizontal sobre la vitrina. Si lo soltaba, Jim pasaría a mejor vida. Pidió calma y silencio absoluto, ya que lo que estaba a punto de hacer necesitaba de un ambiente tranquilo, y recordó que iba a emplear técnicas milenarias de control mental. La tensión se notaba en el ambiente.

Muy despacio, François fue retirando sus manos de debajo del conejo. En el último instante, un suspiro ahogado sonó entre el público, y allí estaba. A pocos palmos de una muerte desgarradora, el conejo Jim quedaba suspendido en el aire. Flotaba, levitaba como si fuese un experto monje tibetano, controlado por el poder del mago francés que a punto estaba de ser considerado el más poderoso del mundo.

Hasta que una niña, la tercera hija del presidente, chilló:

—¡Hay unos hilos! ¡Unos hilos agarran al conejo!

Y así era. Las posibilidades de verlos a la luz de la vela eran bajas, y sólo desde un ángulo muy determinado y desde las primeras filas podría descubrirse la triquiñuela. Por desgracia, aquella niña tenía la altura justa para captar todo el embuste sin esfuerzo, y lo delató sin pensarlo.

Jim se echó las patas a la cabeza, Natalie se giró para no ser testigo de lo que vendría a continuación, Pam voló hasta lo más alto del teatro para controlar la situación y François... François se puso tan nervioso por la acusación de aquella chiquilla que tropezó y se tambaleó haciendo que la vitrina cayese al suelo y desparramase su contenido a los pies del mismísimo presidente.

Con un cuchillo en la mano y el gesto de decepción más desolador que se hubiese visto hasta el momento en Francia, el presidente gritó:

—¡Es que además son de goma! —Y mientras vociferaba se giró mostrando la trampa a todos los asistentes—. ¡Son cuchillos de goma, este hombre es un fraude!

El revuelo fue tal que el mago y sus tres ayudantes tuvieron que salir corriendo del teatro y se vieron perseguidos durante un buen rato hasta las afueras. Toda la alta sociedad parisina se sentía decepcionada, y Madame Revoire tuvo que acudir al hospital al borde del colapso nervioso.

Esa misma noche, Natalie, que acompañaba a François desde hacía ya más de tres años, decidió abandonarlo aduciendo que aún era joven y que no quería que todo aquello le labrase una leyenda negra en los teatros. El

ilusionista, totalmente desilusionado, la dejó marchar y, en silencio, con la única compañía de Pam y Jim, comenzó a meditar, tratando de averiguar cuáles serían las consecuencias de aquel desastre.

Las semanas siguientes fueron desoladoras para François. No había un solo día en que no se hablase en los periódicos de lo chabacanos que resultaban sus trucos, y en todas las tertulias en los cafés siempre se guardaban unos minutos para burlarse en voz alta de su fracaso.

Pam y Jim trataron sin éxito de levantar el ánimo a su amigo, pero por muchas carantoñas que le hiciesen no conseguían sacarlo de su tristeza. Su carrera, su fama, todos los años que había dedicado a convertirse en un gran mago se esfumaban entre mofas y chistes. E incluso se extendió por la ciudad la expresión «tienes menos magia que François Tidét».

La situación estaba al borde de ser insostenible. Ya nadie contrataba al mago y sus mascotas, porque nadie quería un espectáculo fraudulento en su teatro. François dejó de pagar el alquiler, dejó también de comer, dejó de dormir y de asearse. La paloma y el conejo ya no sabían qué hacer, y veían cómo se hundía sin remedio en una barba descuidada.

En apenas dos meses el mago se convirtió en mendigo, y para pedir limosna hacía pequeños trucos en la calle con los que sorprendía a madres e hijos. Hasta que un niño, un mocoso hinchado por los dulces y malcriado como pocos, se puso a gritar en medio del parque:

—¡Es el mago Tidét, el que hace trampas, el que hace trampas, el que sólo sabe hacer trampas!

La madre del niño delator recogió de la mano de François la moneda de dos francos que le había dado como recompensa por su número tan sólo unos segundos antes. Y, desairada, le espetó:

—Debería darle vergüenza, engañar así a unos pobres niños.

François no lo aguantó más y su rostro se llenó de lágrimas. Así que tomó una decisión drástica. Con una maleta donde guardaba sus bártulos y acompañado por Pam y Jim, se subió a la barandilla del puente más alto sobre el Sena para arrojar al río y despedirse al fin de toda aquella tragedia.

—Lo siento, chicos, pero no puedo soportarlo más. Si alguna vez quise ser mago fue para conseguir que los niños descubriesen un mundo diferente, y ahora son ellos los que me señalan con el dedo y me acusan de falso y mentiroso.

Jim se sonaba los mocos con un pañuelo y Pam se tapaba la cara con las alas para evitar que viesen cómo lloraba.

Sin decir más, François Tidét, el mayor mago del siglo de la magia, convertido ahora en un pobre hombre, se levantó sobre la baranda, miró por última vez a Jim, luego a Pam, y, con la mirada al frente, se decidió a saltar al vacío.